

BIBLIOGRAFIA

A. APAT-ECHEBARNE. — NOTICIAS Y VIEJOS TEXTOS DE LA «LINGUA NAVARRORUM». Sdad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S. A. San Sebastián, 1971. 260 págs. 197 x 127. Con ilustraciones.

Un nuevo libro del Dr. Angel Irigaray, quien utiliza en esta ocasión su seudónimo Apat-Echebarne.

Se ve por el título, y se confirma por la lectura, que se trata de una «miscelánea navarra» (pero que interesará a todo amante de las cosas vascas), una compilación de artículos, en buena parte publicados ya por Irigaray en diversas revistas y diarios del país, y puestos al día, muchos de ellos, a la luz de sus posteriores indagaciones.

Pero no todo es aquí «lingua navarrorum», no todo es documento idiomático, por más que ese sea el tema dominante. Tiene una sección consagrada a algunos viejos textos euskéricos, y otro a juegos, leyendas y mitologías, en los que naturalmente la lengua vernácula juega el papel principal; pero en otra sección, «Aspectos y documentos de nuestra historia», se aleja en cuatro o cinco ocasiones del ámbito estrictamente lingüístico para comunicarnos noticias históricas y biográficas poco conocidas; como las referentes al llamado «Quinto real» o país indiviso, es decir, los Alduides; zona que ha sido escenario de interminables litigios de origen feudal, de carácter local al principio e internacional luego, tras el reparto del reino de Navarra en 1512. Nos habla también de los famosos Belsunce, familia prócer de Laburdi y Baja Navarra, que produjo militares, poetas eúscaros y religiosos de gran categoría y santidad; de don Miguel J. de Irigoyen, obispo de Zamora y Calahorra, quien tras ser Vicario general de Pamplona durante el trienio constitucional (1820-23), a causa de sus ideas liberales (que para los de entonces equivalían a las comunistas actuales), fue detenido y procesado después de que los Cien mil hijos de San Luis devolviesen a Fernando VII todo su despotismo, y al clero español —no a Irigoyen, desde luego— toda su tranquilidad. Comparece ante nosotros la figura original, a veces divertida, a veces patética, siempre novelesca, de Pellot el corsario y aventurero hendayarra, pero navarro de origen, quien consiguió que las tropas de Wellington respetaran las vidas y haciendas de los labortanos, cuando llegaron allá en 1813, procedentes de San Sebastián y Hendaya, oliendo aún a chamusquina. Creo interesante recordar aquí lo que Wellington escribía a Londres en noviembre del citado año: «Los habitantes de esta parte de Francia (es decir, de los Bajos Pirineos) no sólo están reconciliados con la invasión, sino que desean nuestro éxito. Se esfuerzan en informarnos y nos proporcionan todo cuanto está en su poder. En ninguna región de España fuimos recibidos mejor, ni siquiera tan bien, como aquí (no dice que en San Sebastián fueron recibidos apoteósicamente, y ellos en pago nos incendiaron la ciudad). Al principio las gentes abandonaban sus hogares, pero casi todas han vuelto, muchas con riesgo de su vida por haber soportado el fuego de los centinelas franceses... los habitantes de este departamento están convencidos de

que, mientras Bonaparte permanezca a su cabeza, no conocerán el descanso». Así pues, Pellot supo expresar el sentir de sus compatriotas.

En la parte dedicada a juegos y leyendas, etc., leemos una animada descripción de las mascaradas de carnaval, que no se limitan a Zuberoa, sino que se extienden igualmente a Baja Navarra y aun a Valcarlos, donde se llaman «karakotxak». Espectáculo que, aun depurado de ciertos detalles procaces de antaño, continúa siendo desenfadado, alegre y sumamente vistoso.

No es posible mencionar cada uno de los temas que Apat-Echebarne toca en su ameno libro. El lector preocupado por el estado y el porvenir del euskera leerá con gran interés los capítulos que dedica al bilingüismo en el país de Gales y en la región catalana-valencino-balear. Se enterará de la evolución del criterio oficial inglés sobre este asunto, y si siente y piensa como el que esto escribe, anhela sin duda oír de labios de nuestros Ministros de Educación (de ambos lados del Pirineo) expresiones equivalentes a las que los gobernantes ingleses han pronunciado en favor de la conservación de la lengua galesa. Oirlas y... verlas realizadas, naturalmente, que obras son amores y no buenas razones.

Del estudio que dedica al estado lingüístico de Cataluña, etc., se puede extraer alguna lección provechosa para nuestros vascólogos. Verdad es que las circunstancias de aquel idioma y las del nuestro son muy distintas y que las soluciones dadas por ellos a los problemas de su unificación no siempre podrían aplicarse por aquí; pero han demostrado un pragmatismo que, ese sí, es muy digno de ser imitado por nosotros. También hay que envidiarles la suerte de haber tenido a un Pompeu Fabra. ¿Llegaremos a tenerlo algún día?

A mí personalmente me encanta esta clase de libros, tan variados, tan instructivos y amenos; libros que nos dan a conocer una porción de cosas y nos incitan, tras ese conocimiento inicial, a ampliarlo en obras especiales más extensas y documentadas. Diré, sin embargo, que muchos de los temas tratados aquí lo están en forma exhaustiva aun dentro de su brevedad, porque el autor nos dice todo cuanto de ellos se sabe hoy por hoy. Así sucede por ejemplo con las fórmulas de matrimonio clandestino (que Irigaray dió ya a conocer hace muchos años y que merecieron el comentario de L. Michelena en «Textos arcaicos vascos»); o con unas cartas en euskera escritas por una religiosa en el siglo XVII; o aquel acta municipal de Cildoz en vascuence, etc.

Contiene el libro —pulcramente impreso— varias fotografías poco difundidas y por ello más apreciables, como las del vascófilo roncalés Mendigacha, del sabio Lacoizqueta y del citado Pellot, con su aire de Paganini.

Dos palabras sobre el estilo literario del libro. No teniendo miras literarias, sino de divulgación, requería una prosa sobria, clara, «didáctica», en la mejor aceptación de la palabra. Es justamente la que ha empleado Apat-Echebarne, la que emplea también cuando escribe en euskera, con elegante sencillez, sin distraer el interés del lector con complicaciones estilísticas.

El prólogo es del conocido investigador don Julio Caro Baroja, cuya amistad con el autor tiene antiguas raíces. Por cierto que hace en él una observación muy sutil, al referirse al dolor que experimentan los euskerálogos ante el retroceso y pérdida del idioma, y que parece impulsarles al estudio de sus vestigios. De mí sé decir que la contemplación, hace ya muchos años, de un mapa de Navarra en que había señalado los sucesivos límites lingüistas a partir del siglo XVI, me llenaba de profunda tristeza; y eso que por entonces aún creía en la buena salud de la lengua en el resto de Euskal-erria.

R. Bozas-Urrutia

BOLETIN NUM. 10 DE LA «FEDERACION INTERNACIONAL DE PELOTA VASCA». 1972.

Tengo ante mí el Boletín de esta entidad deportiva. Es norma suya publicar uno cada cuatro años, con ocasión de los campeonatos mundiales de pelota. Estos han tenido lugar en 1952 (en San Sebastián), 1955 (Montevideo), 1958 (Hossegor), 1962 (Pamplona), 1966 (Uruguay) y 1970 (San Sebastián). Diez boletines, cada uno superando siempre a su anterior en contenido informativo, gráfico y técnico. Este último incluye hermosas fotografías en color. El papel es igualmente de calidad superior. En suma una publicación digna de la importancia de la Federación.

Como es natural, se da amplia información del VI campeonato mundial, el de San Sebastián de 1970. 70 pgs. con los máximos detalles literarios y gráficos. Pero se pueden leer igualmente noticias de todas las federaciones afiliadas en Europa y América; datos históricos sobre el juego de pelota en México y en Argentina; artículos técnicos sobre la pala; la pelota amateur; los frontones de Vizcaya. Se recuerda también a los fallecidos —entre ellos el gran deportista que fue D. Carmelo Balda—. Y no falta la sección literaria sobre el tema de la pelota. En ella leemos un trabajo de don José M.^a Pemán; un «Elogio de la pelota» cebido a la pluma de nuestro inolvidable P. José Antonio de Donostia; y también una evocación del Hemingway pelotazale, escrito por F. Turrillas.

Mucho nos ha complacido ver que este Boletín dedica un honroso lugar al euskera. Nos parece muy apropiado que así ocurra en el órgano de difusión de una Federación que lleva el nombre de vasca y trata de un deporte que, sea cual sea su origen, se ha hecho vasco sin discusión. Leemos un artículo en dialecto guipuzcoano sobre el famoso pelotari Bautista de Arrayoz, firmado por quien esto escribe. Hay también siete páginas dedicadas a la pelota y los bertso-laris y que ha sido posible gracias a la existencia de la colección «Auspoa». Por cierto, yo creo que el P. Zavala, su director, debe de tener entre sus papeles de versos no publicados, bastantes que hablan de la pelota, tantos quizás como para llenar un tomo de la colección. Si así fuera, me permitiría sugerirle los dé a la prensa, si no en beneficio del versolarismo, sí al menos en el de la pelota.

Viene también una breve bibliografía de la pelota, es decir, de los libros a ella dedicados, bien técnicos, bien literarios. Extraña no ver en la lista la obra de Peña y Goñi «La pelota y los pelotaris», que es ya clásica; tampoco figura «La pelota vasca» de Gibert, que tiene dos ediciones, ni el folleto «La pelote basque» de A. Tournier, de 1953, ni el librito de Ossa Echaburu «Pastores y pelotaris vascos en U. S. A.» Da en compensación los nombres de algún libro desconocido entre nosotros. La Federación pide se le dé noticia de cuanta obra sobre el tema pueda haber por aquí o por allá; por nuestra parte, esperamos poder dar, en el próximo Boletín, una relación bastante extensa de los libros y artículos pelotísticos que han llegado a nuestro conocimiento.

Diremos finalmente que este nº 10 del Boletín que comentamos incluye en sus páginas un índice completo de los trabajos publicados en los nueve anteriores.

R. Bozas-Urrutia.

JULIAN MARTINEZ RUIZ — FILIACION DE LOS SEMINARISTAS DEL REAL SEMINARIO PATRIOTICO BASCONGADO Y DE NOBLES DE VERGARA. (Publicación de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1972).

El trabajo emprendido por D. Julian Martínez es de los que generalmente se rehúyen. La explicación es obvia: por lo común buscamos el lucimiento con

generalidades originales o con obras pretendidamente doctrinales, pues las más de las veces poca doctrina aportan. Resulta, en cambio, árdua la labor de recogida de material; árdua y árida, pero gracias a ella es posible luego la elaboración de estudios críticos.

Pero esta relación de seminaristas de Vergara es además una acusación a nuestra desidia. La nómina, como todo registro, no dirá nada al profano; mucho, sin embargo, al buscador del dato interesante.

Gracias a tal registro vemos lo que fue Guipúzcoa cuando contó con personalidades dispuestas a no quedar rezagadas en los rumbos que emprendía Europa.

No termina uno de explicarse cómo la labor de un hombre de la talla de Peñaforida pudiera extinguirse por falta de dignos continuadores. Si quisiéramos juzgar a las personas de entonces por las inhibiciones de las fuerzas vivas de la sociedad actual, en problemas acuciantes de la ciencia y de la cultura, la explicación sería fácil, pues las rémoras que interrumpieron un camino de esplendor serían también localizables ahora; mas dejemos eso.

Una relación hemos dicho, pero de esa relación se deduce la importancia de aquella Institución. De haber seguido, no añoraríamos el cierre de Oñate, puesto que el Real Seminario de Vergara de entonces, se habría convertido hoy en una de las Universidades españolas.

El propio autor de la publicación de este registro (que, por cierto, acaba de dar a la luz otro opúsculo titulado: **Las Ciencias Naturales y la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en el siglo XVIII**) tiene recogido material suficiente para la identificación de los alumnos más sobresalientes del centro vergarés, cuyo peso en la vida nacional fue evidente.

No resistimos a la tentación de mencionar algunos que luego fueron personalidades en la política, en la milicia, en la cultura en general.

Recordemos, entre otros, a D. Francisco Antonio Serrano y Domínguez, Conde de San Antonio y Duque de la Torre, amigo de Espartero y destacada personalidad en el reinado de Isabel II. D. José Gutiérrez de la Concha y de Irigoyen, marqués de la Habana, Capitán General de Cuba y Presidente del Consejo de Ministros en la Revolución de 1868. El escritor D. Enrique de Vedia y Goossens. D. Fausto de Urquizu y Arriaga, Diputado General y Padre del Señorío de Vizcaya. El Capitán General D. Francisco de Ulloa y Ramírez. El antiguo oficial de la Armada, que fue Ministro de Estado, D. José Luyando y Pueyo. Los tenientes Generales D. Miguel M^a Gastón y Navarrete, y D. Alejo Gutiérrez de Rubalcava. El Capitán de Navío D. Martín Fernández de Navarrete y Jiménez de Tejada. D. Mariano de Isasbiribil y Azcárate, oficial de Marina y brillante, aunque malogrado poeta.

D. Iñigo José Ortes de Velasco y Esquivel, Senador del Reino, Gentil-hombre de Cámara de S. M., Merino Mayor de la Villa de Valmaseda. D. José M^a de Murua y Gaytán de Ayala, conde del Valle, Senador del Reino, Diputado General, Padre de la Provincia de Vizcaya, Caballero de la Orden de San Juan, y su hermano Antonio M^a, Diputado a Cortes y Caballero de San Juan y Malta.

Entre los hijos de personas notables encontramos a los del conde de Peñaforida, fundador del Seminario. Al hijo del marqués de Sobremonte, que fue Virrey del Río de la Plata y sucesor de D. Joaquín del Pino y Rosas, Mariscal de Campo, y que a su vez tenía a sus vástagos en el Seminario. Los

hijos del sabio marino D. Antonio de Ulloa. Los de D. Manuel de Mazarredo, Teniente General de los Ejércitos y Ministro de la Guerra. D. Francisco Javier de Idiáñez, hijo de los duques de Granada de Ega, Grande de España, etc. etc.

A la luz de la concepción universitaria moderna, todavía demasiado anclada respecto a la selección de alumnos, en épocas de privilegio y casta, los escolares de Vergara no gozarían de simpatía popular; sin embargo, aquel centro era lo más democrático que la mentalidad de la época permitía.

Hijos de personalidades ilustres, muchos hicieron honor al apellido. El conjunto nos hace pensar en las ocasiones perdidas por la Provincia: Oñate y Vergara.

Mas lo triste es que la parte peor del pasado quizá pesa todavía demasiado en la actualidad y está frustrando sin duda la última oportunidad que se le presentaba a la Provincia, que era, ni más ni menos, la Universidad. Por acción o inhibición la responsabilidad alcanza a todos, y probablemente no escribirá un registro semejante de futuras personalidades, como el que nos ofrece don Julián Martínez, porque no habremos sido capaces ahora de crear el equivalente a lo que creó en Vergara el tesón de un hombre.

Del registro de aquel Seminario, abierto a todas las provincias españolas y de ultramar, de su nómina, se podrían sacar muchas consecuencias.

El autor presta un buen servicio al historiador de la cultura en el país vasco y de su proyección al resto de la Nación.

Manuel Agud

JULIAN MARTINEZ RUIZ. — Las Ciencias Naturales y la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en el siglo XVIII. (Patronato «José María Quadrado»), San Sebastián, 1972, 90 páginas, 6 ilustraciones.

Don Julio de Urquijo, considerando las numerosas lagunas que se aprecian en la historia de la Sociedad Bascongada y lo mucho que se ha errado y fantaseado sobre ella —no siempre sin mala fe— aconsejaba «no historiarla» antes de haber llenado aquellas lagunas y de haber aclarado tantos y tantos puntos oscuros o dudosos. Pero fue tanta la diversidad de objetivos de la Sociedad —involucrados en uno común: lograr, mediante la difusión de las ciencias aplicadas, la prosperidad y consiguiente felicidad del solar vascongado—, que la aclaración de los extremos oscuros requiere también mucha variedad de luces, cada una de ellas enfocada sobre un punto particular, en el que el investigador hallará, de seguro, una impresionante cantidad de material. Julián Martínez Ruiz da por bueno aquel consejo y así, deseando contribuir con un importante capítulo a la futura historia de la Bascongada, dirige su linterna sobre las Ciencias Naturales, limitando su inspección en el tiempo, a 50 años del siglo XVIII —desde los precursores hasta la invasión francesa en 1794— y en el espacio, a la provincia de Guipúzcoa. Nos ayuda a comprender el fenómeno de la aparición de la Sociedad de los Amigos, evocando el ambiente favorable que iba creándose en España tras el advenimiento de los Borbones —quienes, si excedieron en su absolutismo a los Austrias, supieron al menos valerse de él, en buena parte, para favorecer el progreso general de la nación—; ambiente que era a su vez un eco, bastante atenuado desde luego, del que se advertía en los países más avanzados de Europa. No obstante la pesada máquina administrativa, que repta y frena el vuelo de la iniciativa forzosamente atado a ella, a pesar de los inmovilistas, los retrógados y los envidiosos, el ímpetu de los hombres progresistas iba corporeizándose paulatinamente. Entre aquellos sabios —divididos entre «prácticos» y

«curiosos»— nos presenta el autor las figuras del sevillano Ulloa, y de su protegido el irlandés Bowles, quien estudió muchos aspectos de la vida vasca, no contentándose con la naturaleza de su suelo, sino observando a los hombres, sus costumbres y sus instituciones. Ambos fueron miembros de la Bascongada. Nos evoca la egregia figura de Munibe, el Conde fundador, y hace hincapié en la impresión profunda que en su espíritu produjeron las diatribas que el P. Feijoo, (al que algunos han llamado el Voltaire español, sin perjuicio de su ortodoxia) dirigió a los nobles holgazanes; impresión que le empujaría hacia el objetivo que finalmente alcanzó. También nos habla de Altuna, el amigo de J. J. Rousseau, y del joven Ramón María, el talentoso y malogrado vástago del Conde, cuya sapiencia fue alabada en toda la Europa científica. Desfilan igualmente otros personajes científicos eminentes del país o del extranjero, vinculados a la Bascongada o a su Seminario de Vergara: los PP. Sarmiento y E. Florez; Dávila, Proust, los Elhuyar, etc.

J. Martínez ha manejado abundante material consultivo de primera mano, y lo ha hecho a conciencia, exponiendo sus resultados —noticias inéditas y rectificación de viejos errores —con buena prosa que hace la lectura más atractiva cuanto más se adentra uno en ella. Estoy seguro de que esta monografía constituirá una valiosa aportación al conocimiento de una de las ramas más robustas de la Bascongada, siempre con miras a la confección de la historia general y exhaustiva que algún día se abordará.

Quizás algún lector, leyendo estas líneas se pregunte, a santo de qué me atrevo yo a hacer el comentario de un libro ajeno a mi especialidad (si alguna tengo...) Y tendrá razón, pues aunque las ciencias naturales me atraen poderosamente, no me cuento entre sus cultores, y menos aún entre sus autoridades. Procuraré ser claro: no es tanto la bondad del trabajo, o los trabajos, de Julián Martínez lo que yo deseo destacar aquí, sino el mérito de su autor. En cualquier lugar y momento hallarán aquéllos críticos idóneos que los analicen y comenten en publicaciones especializadas. Pero el Amigo J. Martínez, bien merece, en el momento en que sale a la palestra literaria con tanto ardimiento, una mención especial y admirativa. Los que le hemos visto durante años entregado con toda eficiencia a tareas casi meramente de secretaría y en el Comité de Redacción de este Boletín especialmente, siempre amable, modesto y servicial, rodeado de valiosos elementos de estudio pero sin apenas tiempo para detenerse a examinarlos, sentimos un placer muy vivo y comprensible al verle finalmente atraído y vencido por aquéllos, los cuales se ponen a su servicio para que él sirva a su vez a la cultura de nuestro País vasco. Fueron primeramente laboriosos trabajos genealógicos (y su «Filliación de los Seminaristas...» puede también colocarse dentro de esa línea), y ahora nos da un estudio que exige no sólo el manejo discretísimo de complejos materiales, sino también su interpretación lo más objetiva posible.

Y un ruego finalmente al Amigo Julián: que, puesto que se ha decidido a seguir el camino de la investigación histórica, no lo abandone; puede que a menudo sea un camino tortuoso, áspero y fatigante, pero puede llevar, dicho en términos bíblicos, a «praderas de hierba tierna» donde se halla solaz y satisfacción. Y, de una manera o de otra, provecho también.

Enhorabuena y a perseverar.

R. Bozas-Urrutia